

## La epidemia de 1918 en Tlaxcala

Nazarío A. Sánchez Mastranzo  
Centro INAH Tlaxcala

A lo largo de su historia, la humanidad se ha ocupado por solucionar las preocupaciones de sobrevivencia, como proveer los insumos para que los distintos grupos puedan hacer frente a las condiciones que la naturaleza les va imponiendo para cumplir el ciclo vital. Sin duda, esta preocupación también tiene que ver con la restitución de la salud cuando ésta se ha deteriorado, sea por agentes tangibles o intangibles. Por supuesto, el mayor reto ha sido enfrentarse a los intangibles, sobre todo cuando no ha sido perceptible el agente que generaba los estragos, muchas veces mortales.

Durante la época prehispánica, en el territorio mesoamericano se conocieron crisis sanitarias a partir de las sequías y de los estragos de las guerras de conquista que grupos más poderosos ocasionaban a los pueblos sojuzgados. Podemos señalar que se conocen pocos casos de epidemias antes de la llegada de los españoles a esas tierras.

Cuando las tropas españolas llegaron a este territorio, la población había generado anticuerpos que les permiten resistir a algunas epidemias endémicas, pero no así, aquellas que portaban los soldados conquistadores. De ahí que en los registros se tenga conocimiento de la primera gran epidemia, o como se conoció en las crónicas la *huey zahuatl*, “la gran viruela”.

Al finalizar la conquista y ya con la cristianización de las poblaciones, muchas de estas epidemias fueron vistas como castigos divinos o situaciones que requerían la intervención de las entidades celestiales para su mitigación o cura. Otras tantas crónicas dan cuenta de los responsos, las

celebraciones litúrgicas y qué no decir de las procesiones con las imágenes más veneradas en cada gran población o ciudad. Mientras que en la Ciudad de México se abogaba mediante la intercesión de las imágenes de la Virgen de Guadalupe y de la Virgen de los Remedios, en Tlaxcala se inició con la tradicional bajada de la Virgen de Ocotlán a partir de la epidemia de 1713-14, bajo la tutoría del capellán Francisco Fernández de Silva. Sobra decir que esta tradición ha perdurado y se realiza en la actualidad el tercer lunes de mayo.



Exvoto de la bajada de la Virgen de Ocotlán, siglo XVIII, Sacristía de la Basílica de Ocotlán.  
Fotografía: Nazarío Sánchez Mastranzo

Algunas de las epidemias que azotaron con mayor fuerza la región de Tlaxcala-Puebla fueron: el *matlazahuatl* de 1576-1579, la viruela de 1707, la viruela y el tabardillo de 1710-1711, el sarampión de los años 1727-1728, el *matlazahuatl* de 1731, la viruela y el *matlazahuatl* de 1736-1739, la viruela de 1748, la viruela y el *matlazahuatl* de

1760-1762, el sarampión y la tosferina de 1768, el *matlazahuatl* de los años de 1772- 1773, la viruela y el sarampión de 1778-1790, la viruela del periodo de 1790-1793, la viruela de 1798, el tabardillo de 1800-1802, el sarampión de 1803 y la fiebre o tifo de 1813.

Por la ubicación geográfica de la provincia de Tlaxcala y los medios de comunicación que la conectaban con centros poblacionales importantes, los contagios ocurrían de manera muy acelerada cuando la epidemia tocaba la ciudad de Puebla, la Ciudad de México o incluso si los virus viajaban en el trayecto comercial de Veracruz a la capital. Por esta razón, las devociones eran compartidas. Como ya se mencionó, la bajada de la Virgen de Ocotlán a la ciudad de Tlaxcala surgió para aplacar una epidemia, pero también se procesionaba a la Virgen de la Defensa, tanto aquí como en Puebla. En la Angelópolis, según algunos informes, ante calamidades como pestes, hambrunas o temblores, se sacaban en procesión las imágenes de Jesús Nazareno, Nuestra Señora de la Soledad, La Conquistadora y San José.

### ***La epidemia de 1918***

Para 1918, el mundo se había sacudido después de la Primera Guerra Mundial. Se habían forjado nuevas formas de lucha, pero también era contrastante la realidad de los pueblos devastados por la lucha de las fuerzas antagónicas. En ese año se manifestó en Europa una epidemia de gripe. La prensa escrita de la época satanizó la llegada de la epidemia a México en los primeros días de octubre, tanto por el norte del país, como por la zona portuaria de Veracruz.

Para el 6 de octubre, en el periódico *Excélsior* se confirmaba la llegada de un buque de procedencia española con 19 pasajeros que habían fallecido en la travesía por el Atlántico. Se especulaba que entre el 8 y 9 de octubre la epidemia llegó a la Ciudad de México traída por esta embarcación. En

Tlaxcala, su arribo se dio el 9 de octubre. Quizá lo que generó esta veloz intromisión, como se señaló anteriormente, fueron los medios de transporte y comunicación, como los ferrocarriles, los caminos de herradura y el intercambio de mercancías y bienes que sin duda sirvieron como vehículo para los microorganismos.

Los primeros lugares en los que se presentó la gripe fueron Terrenate, Atlangatepec, Lardizabal, Tenancingo, Contla, Calpulalpan, Hueyotlipan, Españaita, Huamantla, Zacatelco, Teolocholco, Amaxac, Tetla, Xaltocan, Tlaxco, Ixtenco, Tlaxcala, Totolac, Apetatitlan, Santa Cruz Tlaxcala, Xicotencatl, Alzayanca, Chiautempan, Nativitas, Tetaltlahuca, San Pablo del Monte, Panotla, Tzompantepec, Xalostoc, Zitlaltepec, Apizaco, Ixtacuixtla, Yauhquemecan, Tepeyanco, Cuapiaxtla y Tequexquitla. La mortalidad se dio principalmente entre el 9 de octubre y el 1.º de noviembre. Se ha podido saber que la etapa inicial de la epidemia fue del 9 al 20 de octubre, del 20 de octubre al 20 de noviembre fue la etapa más intensa y del 23 de noviembre al 31 de diciembre fue el ciclo terminal del virus, destacándose que el total de muertes que se tiene conocimiento en la entidad fue de 9,640.



"La Preciosa Sangre de Cristo", imagen que se venera en la parroquia de Santo Toribio Xicotzingo. Fotografía: Nazario Sánchez Mastranzo



Además de los factores que facilitaron la circulación de la enfermedad, no puede dejarse de lado que la población del país y de la entidad, estaba saliendo de las luchas reivindicativas del período revolucionario. En muchas de las poblaciones y ante el creciente número de infectados, la gente volteó a ver a sus imágenes sagradas y a sus santos patrones como en el período novohispano. Más de un cura llegó a señalar: “El mal que se cierne sobre nosotros es consecuencia de nuestros pecados y falta de gratitud, y por eso ha caído sobre nosotros la venganza de la justicia eterna”. Sin embargo, era común que se realizaran liturgias multitudinarias que favorecían el contagio y que se contraponían a las recomendaciones de las autoridades sanitarias.

Para noviembre de 1918 se pidió y suplicó al Señor de la Preciosa Sangre de Cristo, que se venera en la parroquia de Santo Toribio Xicohtzingo, que alejara la epidemia. Puesto que los índices de infección disminuyeron, ese hecho se le atribuyó a la intercesión de tan preciada imagen: “La voz corrió por los pueblos de alrededor y vinieron a suplicar a los principales del pueblo que permitieran se llevase en procesión a la Preciosa Sangre de Cristo a que visitase sus pueblos y se les concedió, y admiraron todos la misericordia del Señor, pues vieron cómo calmó la peste, y muchos aún protestantes, salían a la puerta de su casa y a los caminos donde pasaba la Sagrada Imagen y sanaron casi instantáneamente”.

La parroquia se elevó a “Santuario de la Preciosa Sangre de Cristo” el 12 de enero de 1948 por disposición del Sr. Dn. Pedro Vera y Zuria, Arzobispo de Puebla. De igual manera, los pueblos de Yauhquemecan y Xaltocan erigieron en abril de 1919 una placa conmemorativa que da cuenta del agradecimiento por haber superado la epidemia gracias a la intervención divina: “En el nombre, honra y gloria de Dios, y de la Virgen Guadalupe, patrona de esta nación mexicana,

se ha levantado esta placa conmemorativa en memoria de la unión y alianza que han tenido ambos municipios y pueblos que son Xaltocan, Yauhquemecan y Tlacuilohcan, sobre su verdadera creencia y Divina Majestad. Esto se hizo por la peste que nos invadió a principios del mes de noviembre de 1918, que murieron centenares de personas, habiendo salido procesiones de las imágenes de los pueblos. Dios nos oyó nuestras misericordias [sic] y nos Bendijo, desterrando la peste... pues el primer lugar que se encontraron las procesiones fue el 5 de enero de 1919, cuyas procesiones fueron por los Sres. Carlos Casimiro Chichino, Paciano Luna, Felipe Morales, Anastasio Chichino de Xaltocan; Guillermo Ramírez, Abdón Moreno, Audacio Frago de Yauhquemecan; Hipólito López, Eulalio Pérez de Tlacuilohcan... quienes, en testimonio de gratitud al Señor Supremo, que nos Bendiga desde el Cielo. Lo patentamos en esta placa para la presente generación... cuyo monumento lo bendijeron los Presbíteros de ambas feligresías y por segunda vez el encuentro de las imágenes el Domingo de Pascua de Resurrección que es el 20 de abril de 1919”.



“Monumento de la Unidad”, San Dionisio Yauhquemecan. Fotografía: Miguel Flores

Para leer más:

NETZAHUALCOYOTZI MÉNDEZ, Marciano, “La epidemia de gripe de 1918 en Tlaxcala”, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 2003.

Visita la galería de fotos de la pandemia de 1918

